
C A P Í T U L O X I

De cómo la defensa de la mula del Vicario hizo de Santiago un personaje político

El padre Juan, junto con salir Santiago para el Granadillo, envió recado a su hermana doña Paula, madre de María, que como hemos dicho, vivía en el campo con su esposo y sus otros hijos pequeños, para que viniese al punto a prevenir la casa de D. Manuel, donde apenas asistía una casera, y preparar el recibimiento de la familia, diligencias de que el mismo D. Manuel estaba en cuenta, porque a muchos ruegos e influencias, logró el Vicario que le permitiesen hablar con él en su prisión, donde lo tenían incomunicado.

Así fue que, a la llegada de doña Ángela y los jóvenes, ya doña Paula estaba hecha cargo de la casa, y fue grande la alegría de María al abrazar a su madre, de la que estaba separada hacía algún tiempo, porque Lolita había manifestado que sin su amiga de infancia, no podría sobrellevar ni una semana siquiera su temporada de salud.

Quitó Santiago el sillón y aperos a la mula, y se la dio a un indiecito del servicio de la casa, para que la llevase de diestro a donde el Vicario. Momentos después, salió él mismo, y se tropezó en la calle con el indiecito, que regresaba a toda carrera sin la mula.

—¿Qué ha sido? ¿Y la mula? —le preguntó sorprendido.

—Me la quitó un hombre de machete —contestó el chico, echándose a llorar por el temor del castigo.

—¿Y no le dijiste que era la mula del Vicario

—Sí, pero no valió nada, sino que me la quitó por la fuerza; yo entonces me vine corriendo.

Santiago, ciego de cólera, apuró el paso en la dirección que le indicaba, y pronto alcanzó al hombre que llevaba la mula, el cual efectivamente estaba armado de machete.

—¡Alto, amigo! —gritóle Santiago, corriendo hacia él —Devuélvame esa mula que es le de mi padrino el señor Vicario.

—Hoy no valen padrinos ni Vicarios —le replicó de muy mal modo el soldado, dando de planazos a la mula.

A Santiago se le subió la sangre a la cabeza, y de un salto se allegó al hombre, con ánimo de arrebatarle el cabestro de la mula. Viendo el otro la actitud resuelta y el rostro fiero del joven, se echó hacia atrás y lo amenazó con el machete; pero Santiago tiró con presteza de su revólver, oculta arma que jamás había usado, y apuntó de firme a su contendor, el cual, a la vista del arma de fuego, soltó el cabestro y huyó rápidamente hacia la plaza, profiriendo en amenazas.

El incidente fue rápido. Santiago guardó el revólver y se fue prontamente con la mula para su casa, donde contó en breves palabras lo sucedido, que produjo gran sorpresa en el ánimo del Vicario.

—Pues, hijo, has obrado con imprudencia, y te aseguro que no tardará en llegar alguna partida de hombres armados para llevarte a la cárcel.

En este momento se oyó un tropel en la calle.

—¡Pronto, Santiago, escápate por el fondo de la casa! ¡Ya vienen por tí!...

Efectivamente, un grupo de hombres armados hasta los dientes entró a la casa del padre Juan, en busca de Santiago, para prenderlo de orden del Comandante de la plaza por haber hecho armas contra un oficial del cuerpo, y saberse que estaba envuelto en los planes revolucionarios. El padre Juan se quedó con la boca abierta, y llevándose las manos a la cabeza, exclamó con tristeza.

—¡Por Dios, señores, que no hay tal cosa! El muchacho sólo ha querido salvarme la mula, quitándosela a quien la tomó por la fuerza, sin entenderse conmigo. Así es que llévense la bestia, si la necesitan, y no persigan a Santiago, que ni es revolucionario, ni ha pensado siquiera en oponerse a las órdenes de la autoridad.

—Usted no sabe, señor Vicario, qué clase de mozo es el tal Santiago.

Aquí está el oficial a quien atacó con un revólver y dice que si no se escapa pronto, lo mata como un perro. El Comandante nos ha ordenado llevarlo a la cárcel vivo o muerto.

Y diciendo esto, allanaron la casa y se llevaron la mula, poniendo en seguida cerco a la manzana, para que no se les escapase el mozo. Entretanto Santiago, víctima de gran angustia, y compadecido de los sufrimientos de su anciano padrino, había ido a parar al camarín de la Virgen, en el altar mayor de la iglesia, sitio que consideró inviolable.

Este hecho, divulgado al punto, avivó más las llamas de las exaltadas pasiones en que ardía la villa. Para los revolucionarios, era una hazaña, un acto de valentía, que se captaba todas las simpatías y ponía en alto la gallarda figura del joven. Para los gobiernistas, al contrario, era un atrevimiento insólito, que ponía de manifiesto las malas inclinaciones de Santiago, en camino ya de ser una amenaza para Mapiche.

Sobrevino la noche cargada de angustias, temores y sobresaltos. Los centinelas que tenían apostados en las esquinas de la manzana donde vivía el Vicario, se mantenían firmes en sus puestos. El padre Juan había recibido una notificación perentoria del Comandante, que era un militar venido de Sanisidro, para que entregase a Santiago dentro de veinte y cuatro horas, so pena de allanar la misma iglesia y todo el barrio si era necesario.

En este conflicto no quedó más camino que pensar en la fuga aprovechando la noche y contando con la viveza y varonil disposición de Santiago quien de caer en manos de sus perseguidores, sería víctima de innoble venganza, y metido en el cepo con toda seguridad.

Al toque del avemaría, el padre Juan cerró la puerta de su casa y llamó a consejo la familia: aquella noche estaban con él su hermana doña Paula y María, que de la casa de Lolita habían venido a acompañarle con motivo de lo ocurrido. En ninguno de los presentes se pintaban la angustia y dolor con más viveza que en el bello semblante de María: la dulce niña estaba pálida, y a cada instante la ahogaban los sollozos y las lágrimas.

Santiago, salido de su escondite al amparo de la oscuridad, se presentó al consejo de familia cuando menos lo esperaban.

—¡No seas loco! ¡No alces la voz, porque pueden oírte! —le dijo María, corriendo a su encuentro.

—Tranquilízate, María, que no me pasará nada. Vengo a consultar con mi padrino el plan que he formado, y a despedirme de todos, si me lo aceptan, porque no hay que perder tiempo.

En seguida, les manifestó su pensamiento, que era el mismo de la fuga, para lo cual importaba en extremo notificar a un vecino de fidelidad insospechable, llamado Macario, cuya casa estaba como a veinte pasos de la del Vicario, por la acera opuesta, a fin de que tuviese aquella noche sin tranca y solamente ajustada la puerta de la calle.

Dicha casa se comunicaba por su fondo con un trapiche, y éste con el campo libre de una hacienda de donde partían varios senderos vecinales, que utilizaría Santiago para salir con grandes rodeos, y ponerse en el camino de Sanisidro.

La puerta de la casa del Vicario se abrió de nuevo, y Romualda en persona fue a instruir a Macario, cuya ayuda era tan necesaria para la ejecución del plan en tanto que por las ventanas se organizaba un espionaje en toda forma sobre el centinela de la próxima esquina, que se divisaba perfectamente.

El padre Juan se ocupó en escribir a uno de sus mejores amigos de Sanisidro, relatándole lo sucedido y recomendándole a Santiago, como persona de su familia; y mientras doña Paula sostenía el espionaje, el joven, ayudado por María, arreglaba su maleta.

Pronto regresó Romualda, dejando en cabal inteligencia al vecino, y a su vez se ocupó en preparar el fiambre para el niño, anegada en lágrimas de hondo sentimiento por tan brusca separación.

—¡Dios mío, si le irá a suceder algo a mi pobre Santiago!...

Las provisiones de boca que hacía, iban en aumento: no era un lío, sino varios los que apresuradamente sacaba a la sala. De todo cuanto había en la despensa quería ponerle un poco: pan, queso, chocolate, café molido, azúcar, dulces secos y otras cosillas que a la mano encontraba, sin hacer cuenta de los remedios que quería incluirle en el equipaje, para el caso de enfermedad, como aguardiente de romero, unto de azahar, mostaza, manzanilla, y un frasquito con enjundia de gallina, por si le dolían las muelas. Todo lo acomodó en su cesto, y lo entregó a Santiago.

—Por Dios, mamita! cómo se imagina que pueda llevar toda esa carga. Vea el envoltorio de la ropa, y saque cuenta si podré llevar todo ese avío.

—Y entonces ¿qué comes por el camino, vidita mía!

En este momento avisó doña Paula, con gran sigilo, que habían llegado a la esquina dos hombres armados, y que conversaban con el centinela. Santiago corrió al postigo de la ventana para ver y oír mejor.

—Todo está cerrado, mis amigos, con que hay que aguantar la ronda a palo seco —decía uno.

—Esa sí que no, compañero. Lo que soy yo, bebo por encima de todo.

—Pues si me dan permiso —dijo el centinela— yo les indico por aquí mismo dónde se puede beber.

—¿Será muy lejos?

—Aquí cerca, a la media cuadra, hasta hace poco había una pulpería abierta.

—Pues vamos allá sobre la marcha, antes de que asome por allí el jefe de día.

Y los tres hombres doblaron por la calle traviesa, dejando por aquella parte solitaria la principal.

—No hay que perder tiempo! —exclamó Santiago— Mientras ellos beben, yo me escapo. ¡Adiós padrino! ¡Adiós mamita! —y sucesivamente echó los brazos a los dos ancianos y a doña Paula, que también estaba presente.

María se había retirado hacia un rincón de la sala, deshecha en lágrimas. Temblaba de pies a cabeza, cuando Santiago se acercó a ella, le estrechó la mano y le dijo con voz balbuciente:

—¡Adiós María! ¡Despídeme de Lolita!...

Hubo un rato de silencio, sólo interrumpido por los sollozos de la atribulada familia, mientras Santiago se cruzaba sobre el pecho la frazada, se colgaba de un hombro la maleta de viaje, y se metía en los bolsillos lo que pudo caberle de las provisiones hechas por la buena Romualda.

Todos le acompañaron hasta la puerta de la casa, caminando en puntillas, y desde allí lo vieron con indescriptible ansiedad atravesar la calle, caminar algunos pasos por la acera del frente, y empujar la puerta del vecino, que se abrió sin ruido, y se cerró después que hubo entrado.

La calle continuaba solitaria: el centinela de la otra esquina, ni con

ojos de lince, habría podido descubrir el bulto de un hombre a la distancia en que se hallaba.

El Vicario encabezó el rosario, con un fervor que no era musitado en aquella cristiana casa pero sí acrecido por la pesadumbre y la angustia que mortificaban cruelmente a sus sencillos moradores. Concluido el rezo, los dos hermanos y Romualda se dieron a comentar todas las calamidades en que se hallaban, desde la malhadada hora en que había estallado la revolución.

María, encerrada en aquella sala donde las luces del altar, puestas en candelabros de iglesia, tenían algo de fúnebre, encendidas delante de retablos y lienzos ennegrecidos por los años, sintió necesidad de aire libre y mayor espacio para desahogar su dolor profundo, y sin decir palabra salióse al corredor de la casa, que era espacioso. Los rayos de la luna, que en aquellos momentos aparecía sobre el horizonte, apenas bañaban los tejados y las copas de los arbustos sembrados en el hermoso patio.

El reloj de la Vicaría dio pausadamente las diez de la noche: hacia el exterior de la casa nada se oía; el silencio era imponente, sólo interrumpido por confuso rumor de la conversación que a media voz sostenían dentro de la sala los tres viejos.

Al verse sola María en aquel sitio, pálidamente alumbrado, sintió que le faltaban las fuerzas: arrimóse a uno de los fríos pilares del claustro, para apoyar su débil cuerpo y cubriéndose el rostro con ambas manos, dio rienda suelta a sus lágrimas, a sus sollozos, a los gritos ahogados de angustia y de pesar que le llenaban el pecho.

Estaba en la edad en que el corazón de la mujer se entreabre, como un botón de rosa, para recibir en su seno los rayos purísimos del casto amor, con sus bellos cambiantes de ilusiones y esperanzas. Si la enfermedad de Lolita había sido para Santiago una revelación de la clase de afecto que por ella sentía, la ausencia de éste produjo igual esclarecimiento en el alma cándida, inteligente y pura de María; Santiago no era ya para ella un amigo, casi un hermano, como lo creía, no: ¡Santiago era su primer amor!...

¡Cuán lejos estaba la infeliz doncella de pensar que en aquellos momentos, a la luz de aquel mismo astro melancólico, el joven y furtivo viajero cruzaba por la soledad de los campos, pensando en ella efectivamente, pero más todavía en su amiga Lola!

Triste es reconocerlo: el amor es ciego, y por eso lo pintan como un niño vendado, que dispara al acaso la dulce cuanto acerada flecha, caiga donde cayere, arma misteriosa, que a unos mata y otros da la vida. El amor verdadero es irreflexivo, absorbente y hasta alevoso: nace y crece en el corazón, a veces sin advertirlo ni comprenderlo. Adversas circunstancias pueden obligar a que la educación u otros poderosos respetos lo mantengan siempre oculto en el fondo del alma, y allí viva, ora idealizado por virtud de su misma imposibilidad, ora en terrible lucha, si lo aviva algún rayo de esperanza.

Sólo la Religión lo sublima y santifica, ya sea en el colmo de su mayor felicidad, al pie de los altares, ya en el trance amargo del infortunio, porque los sentimientos de la piedad cristiana son como el rocío del cielo, que lo mismo refresca los prados y jardines que las tostadas arenas del desierto.

Al día siguiente, no bien se hubo abierto la casa del Vicario, cuando llegó recado de la casa de doña Ángela, preguntando por la suerte de Santiago, y reclamando a María, porque Lolita había pasado malísima noche, y la esperaba con viva ansiedad. María, por su parte, anhelaba por volver al lado de su íntima amiga. ¡Tenía tanto qué decirle!...

Cuando las dos jóvenes se estrecharon en un abrazo, instintivamente, sin darse cuenta de ello, lanzaron de lo más hondo de su pecho una palabra, un nombre que resumía y explicaba toda la amargura de que rebosaban sus tiernos corazones: ¡Santiago! exclamaron simultáneamente.

—¿Qué ha sido de él? cuéntame, María, cuéntame todo. ¿Lo viste anoche? ¿Qué te dijo? ¿Te habló de mí?...

María lloraba en silencio, sin levantar la frente.

—Por Dios, María! ¿qué te pasa? Yo no he dormido en toda la noche, pensando en él y envidiando tu suerte, porque estabas allá más cerca, y podrías acaso hablarle y tomar parte en sus planes y zozobras. ¿Dónde pasó la noche? ¡Yo no sabía cuánto lo quiero hasta anoche!... ¡María, yo lo amo con toda mi alma...

Exaltada Lolita por el juego de la pasión, centellantes sus negros ojos, trémula, vacilante, y más pálida que de costumbre, se dejó caer en los brazos de su amiga, como flexible tallo que se dobla azotado por impetuoso viento.

María la estrechó contra su corazón largo rato, y con una calma heroica, haciendo un gran esfuerzo, movió sus labios con una sonrisa indefinible de ternura, de tristeza profunda, de cruel desengaño y abnegada resignación, para cumplir el encargo de Santiago.

—Consuélate, amiga mía, él se alejó anoche, se fue de la villa, quién sabe si por mucho tiempo, pero al separarse me dijo estas palabras, que tengo muy presentes: “Adiós, María —despídeme de Lolita”.

Un rayo de viva alegría brilló en los ojos de Lola; el rubor cubrió su semblante, transfigurado hasta allí por la angustia y los exaltados sentimientos de que era víctima, e inclinando la cabeza, para excusar la mirada fija e inteligente de su amiga, le contestó con voz dulcísima:

—Ah, conque sí se acordó de esta pobre enferma. Gracias, María: en medio de mi soledad y tribulación de anoche tenía esa esperanza. Yo no sé por qué, mi corazón me decía que él no se iría sin enviarme una palabra de despedida.

Las palabras de María, dichas con tierna solicitud, habían sido un bálsamo de consuelo para Lolita; en cambio, para la amable y discreta sobrina del padre Juan, los íntimos desahogos de su amiga fueron amargos y crueles: repentinamente se había levantado una nube negra, y cubierto el cielo de sus esperanzas. Mientras Lola hablaba, ella sostenía en su pecho una lucha desgarradora, pero se revistió de valor, e invocando a Dios desde el fondo de su corazón, para que la sostuviese en tan terrible prueba, hizo el propósito de sepultar en lo más recóndito de su alma el amor inmenso que la abrasaba.

La crónica de lo que pasaba en la revuelta villa, desde la prisión de D. Manuel, fue el tema de sus coloquios por muchos días, aunque cualquiera que fuese el camino de la conversación, en definitiva iba a parar al punto donde tenían su corazón y sus pensamientos, es decir, acababan por hablar de Santiago, de su intempestivo viaje, y de la suerte que le tocase lejos de su tierra.